

Después de haber obligado Houchard al duque de York á concentrarse en Furnes con Freytag, nada le quedaba ya de importante que emprender en este punto; no tenía otro remedio sino caer con fuerzas iguales sobre tropas más aguerridas, sin ninguna de estas circunstancias, ó favorables ó apremiantes, que hacen obligar á aventurar una batalla dudosa. En esta situación, lo mejor que podía hacer era atacar á los holandeses, diseminados en varios destacamentos alrededor de Menín, Halluín, Roncq, Werwicke é Ypres. Houchard, procediendo con prudencia, ordenó al campamento de Lila que hiciera una salida contra Menín, mientras él operaría en persona por Ypres. Durante dos días se disputaron los puestos avanzados de Werwicke, de Roncq y de Halluín; y por una parte y otra se operó con gran bravura y mediana inteligencia. El príncipe de Orange, aunque acosado por todas partes y habiendo perdido sus puestos avanzados, resistió tenazmente porque sabía la rendición de Quesnoy y la próxima llegada de Beaulieu, que le llevaba socorros. Por fin se vió precisado el 13 de septiembre á evacuar á Menín, después de haber perdido en estas diversas jornadas dos ó tres mil hombres y cuarenta piezas de artillería. Aunque nuestro ejército no hubiese sacado de su posición toda la ventaja posible, porque, careciendo de instrucciones del comité de salvación pública, operó con fuerzas demasiado divididas, ocupaba no obstante á Menín. El 15 salió de este punto, marchando sobre Courtray: en Bissegem encuentra á Beaulieu; empéñase el combate con ventaja de nuestra parte, pero de repente la presencia de una fuerza de caballería sobre las alas difunde una alarma que no se fundaba en ningún peligro verdadero. Todo el ejército retrocede y huye hasta Menín; mas no termina allí esta inconcebible derrota; comunicase el terror á todos los campamentos, á todos los puestos, y el ejército en masa va á buscar refugio bajo los cañones de Lila. Llegada á París la noticia de este suceso, causó la más funesta impresión, é hizo perder á Houchard los frutos de su victoria, provocando contra él un violento furor, del cual recayó una parte en el comité de salvación pública. Una nueva serie de descalabros nos hizo recaer al punto en la peligrosa situación de que nos sacó por un momento la victoria de Hond-schoote.

Los prusianos y los austriacos, situados en las dos vertientes de los Vosgos, frente á nuestros dos ejércitos del Mosela y del Rhin, acababan de hacer por fin algunas tentativas formales. El anciano Würmser, más fogoso que los prusianos, y comprendiendo la ventaja de los pasos de los Vosgos, quiso ocupar el importante punto de Bodenthal, hacia el alto Láuter, y al efecto aventuró un cuerpo de cuatro mil hombres, que, atravesando entre espantosas montañas, consiguieron ocupar á Bodenthal. Por su parte los representantes en el ejército del Rhin, cediendo al impulso general, que determinaba por todas partes un aumento de energía, resolvieron una salida general de las líneas de Wissemburgo el 12 de septiembre. Los tres generales Dessaix, Dubois y Michaud, precipitándose á la vez contra los austriacos, hicieron inútiles esfuerzos, y hubieron de volver á las líneas, y las tentativas contra el cuerpo austriaco que ocupaba á Bodenthal fueron completamente rechazadas. Sin embargo, preparóse un nuevo ataque para el 14;

mientras que el general Ferrette marcharía sobre Bodenthal, el ejército del Mosela, operando en la otra vertiente, debía atacar á Pirmasens, que corresponde á Bodenthal, y donde Brunswick se hallaba apostado con una parte del ejército prusiano. El ataque del general Ferrette dió muy buen resultado; nuestras tropas asaltaron las posiciones de los austriacos con heroica temeridad, apoderáronse de ellas y recobraron el importante desfiladero de Bodenthal; pero no sucedió lo mismo en la parte opuesta. Brunswick comprendía la importancia de Pirmasens, que cerraba los desfiladeros; tenía considerables fuerzas y hallábase en excelentes posiciones. Mientras que el ejército del Mosela hacía frente en el Sarre al resto del ejército prusiano, fueron destacados doce mil hombres desde Hornbach contra Pirmasens; la única esperanza de los franceses era apoderarse de este punto por una sorpresa; pero, descubiertos y ametrallados desde el primer momento, no les quedaba ya más remedio sino retirarse. Esto era lo que el general quería; pero los representantes se opusieron, disponiendo el ataque en tres columnas y por tres barrancos que desembocaban en la altura en que se hallaba situado Pirmasens. Nuestros soldados, merced á su bravura, habían avanzado ya mucho, y la columna de la derecha se disponía á franquear el barranco por donde iba adelantando para flanquear á Pirmasens, cuando un doble fuego dirigido por los lados la agobió inopinadamente. Nuestras tropas resisten al principio; pero el fuego redobla y al fin retroceden por el barranco en que acababan de penetrar; las otras columnas se repliegan del mismo modo y todas huyen por los valles en el mayor desorden. El ejército se vió obligado á volver al punto de donde partió y, muy felizmente, los prusianos no pensaron en perseguirle, ni aun en ocupar su campamento de Hornbach, que abandonó para marchar sobre Pirmasens. Perdimos en esta jornada veintidós cañones y cuatro mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Este descalabro del 14 de septiembre podía tener gran importancia, pues reanimado el espíritu de los coligados por el éxito, pensaban en hacer uso de todas sus fuerzas, disponiéndose á marchar sobre el Sarre y el Láuter para arrebatarnos así las líneas de Wissemburgo.

El sitio de Lyon se proseguía con lentitud, pues los piemonteses, desembocando por los altos Alpes en los valles de Saboya, habían obligado á Dubois-Crancé y á Kéllermann á dividir sus fuerzas. Este último había ido á Saboya, mientras que el primero, permaneciendo delante de Lyon con medios suficientes, hacía llover en vano el hierro y el fuego sobre aquella desgraciada ciudad, que, resuelta á sufrirlo todo, no podía ser vencida por los desastres del bloqueo y del bombardeo, sino por un ataque á viva fuerza.

En los Pirineos acabábamos de sufrir un sangriento descalabro; nuestras tropas habían permanecido desde los últimos acontecimientos en los alrededores de Perpiñán, mientras los españoles se hallaban en su campamento en Mas d'Eu. Numerosos, aguerridos y mandados por un general hábil, estaban poseídos de ardimiento y de esperanza. Ya hemos descrito el teatro de la guerra; los dos valles casi paralelos del Tech y del Tet parten de la gran cadena y desembocan hacia el mar: Perpiñán está en el segundo de estos valles. Ricardos

había franqueado la primera línea del Tech, puesto que se hallaba en el Mas d'Eu y estaba resuelto á pasar el Tet por mucho más allá de Perpiñán, de modo que pudiera flanquear esta plaza, obligando á nuestro ejército á evacuarla. Con este objeto pensó en apoderarse de Villafranca, pequeña fortaleza situada en el curso superior del Tet, que debía asegurar su ala izquierda contra el valeroso Dagobert, quien con tres mil hombres alcanzaba ventajas en la Cerdaña. En su consecuencia, hacia los primeros días de agosto destacó al general Crespo con algunos batallones: bastó que se presentara este general ante Villafranca para que su comandante le abriese cobardemente las puertas; y después de haber dejado allí guarnición, Crespo volvió á reunirse con Ricardos. Entretanto, Dagobert, con un reducido cuerpo de ejército, recorría toda la Cerdaña, obligó á los españoles á replegarse hasta la Seo de Urgel, y pensó avanzar hasta Camprodón. Sin embargo, la escasa fuerza de Dagobert y la posesión de la fortaleza de Villafranca tranquilizaron á Ricardos en cuanto al éxito de los franceses sobre su ala izquierda, y por lo tanto persistió en su ofensiva. El 31 de agosto hizo amenazar nuestro campamento de Perpiñán, y pasando el Tet por más allá de Soler, rechazó ante sí á nuestra ala derecha, que fué á replegarse en Salces, á pocas leguas detrás de Perpiñán cerca del mar. En esta situación, los franceses, encerrados unos en Perpiñán, y acorralados los otros en Salces, con el mar á su espalda, se hallaban en una posición de las más peligrosas. Dagobert alcanzaba á la verdad nuevas ventajas en la Cerdaña, pero poco importantes para alarmar á Ricardos. Los representantes Fabre y Cassaigne, retirados con el ejército en Salces, resolvieron llamar á Dagobert en reemplazo de Barbantane, con la esperanza de que fueran de nuevo afortunadas nuestras banderas, y mientras llegaba el nuevo general, proyectaron un movimiento combinado entre Salces y Perpiñán, para salir de aquella peligrosa situación. Ordenaron á una columna que avanzase desde Perpiñán y atacara á los españoles por la espalda; mientras que ellos mismos, abandonando su posición, acometerían de frente. En efecto, el 15 de septiembre el general Davoust sale de Perpiñán con seis ó siete mil hombres, en tanto que Perignón se dirige desde Salces contra los españoles.

A una señal convenida, precipítanse por ambos lados sobre el campamento enemigo; los españoles, acosados por todas partes, se ven precisados á refugiarse detrás del Tet, abandonando veintiséis cañones, y van á situarse al punto al campamento de Mas d'Eu del cual habían salido para emprender aquella audaz, pero desgraciada ofensiva.

Entretanto llegó Dagobert, y este guerrero de setenta y cinco años de edad, que reunía á la fogosidad de un joven la consumada prudencia de un antiguo general, apresuróse á señalar su llegada por una tentativa sobre el campamento de Mas d'Eu. Al efecto divide su ataque en tres columnas: la una, partiéndose de nuestra derecha y marchando por Thuir sobre Santa Colomba, debía flanquear á los españoles; la segunda, operando en el centro, estaba encargada de atacarlos de frente y arrollarlos; y la tercera, en fin, maniobrando hacia la izquierda, se situaría en un bosque para cortar la retirada. Esta última, mandada por Davoust, sin atacar

apenas, huyó en desorden, y entonces pudieron los españoles dirigir todas sus fuerzas sobre las otras dos columnas del centro y de la derecha. Ricardos, juzgando que todo el peligro se hallaba en esta última, marchó contra ella con el mayor número de tropas, y consiguió rechazar á los franceses.

Dagobert, solo en el centro, y animándolo todo con su presencia, apoderóse de los atrincheramientos que había ante él, é iba á decidir la victoria, cuando Ricardos, volviendo con las tropas victoriosas en la izquierda y la derecha, agobió á su enemigo con todas las fuerzas reunidas. Sin embargo, el bravo Dagobert resistía aún, cuando un batallón rinde las armas gritando: ¡Viva el rey! Indignado Dagobert, dirige dos piezas contra los traidores, y mientras los ametralla, reúne á su alrededor un reducido número de valientes que se conservan fieles, retirándose con algunos centenares de hombres, sin que el enemigo, intimidado por su intrepidez, se atreva á perseguirle.

Seguramente que este valeroso general no había merecido sino laureles por su firmeza en medio de semejante descalabro, y si su columna de la izquierda hubiese operado mejor y no se hubieran desbandado sus batallones del centro, sus disposiciones habrían obtenido el mejor éxito. Sin embargo, el celo y desconfianza de los representantes le imputaron el desastre; y resentido de aquella injusticia, volvió á tomar el mando subalterno en la Cerdaña. Nuestro ejército se vió, pues, de nuevo rechazado á Perpiñán y expuesto á perder la importante línea del Tet.

El plan de campaña del 2 de septiembre se había puesto ya en ejecución en la Vendée. La división de Maguncia, como se ha visto, debía operar por Nantes; y el comité de salvación pública, que recibía malas noticias acerca de los proyectos de los ingleses en el Oeste, aprobó del todo la idea de llevar las principales fuerzas hacia las costas. Rossignol y su partido llevaron esto muy á mal, y escribieron al ministro cartas que no hacían esperar de ellos una eficaz cooperación en los planes convenidos. La división de Maguncia marchó, pues, sobre Nantes, donde fué recibida con grandes demostraciones de alegría y con regocijos. Habíase preparado un banquete, y antes de asistir á él prelujóse el festín con una reñida escaramuza contra los enemigos diseminados en las márgenes del Loira. Si la columna de Nantes estaba satisfecha por verse reunida con el célebre ejército de Maguncia, no lo estaba menos éste por servir á las órdenes del bravo Canclaux, cuya división se había señalado ya por la defensa de Nantes y otras muchas acciones honoríficas. Según el plan concertado, varias columnas, partiendo de todos los puntos del teatro de la guerra, debían reunirse en el centro y aniquilar al enemigo. Canclaux, general del ejército de Brest, saliendo de Nantes, bajaría por la orilla izquierda del Loira para costear el vasto lago de Grand-Lieu, despejar la Vendée inferior, remontar después hacia Machecoul, y hallarse en Leger el 11 ó el 12. Su llegada á este último punto sería la señal de marcha para las columnas del ejército de la Rochela, encargadas de asaltar el país por el Mediodía y el Este. Ya se recordará que el ejército de la Rochela á las órdenes de Rossignol, general en jefe, constaba de varias divisiones; la de Arenas estaba mandada por Mierzkous-

ky, la de Luçon por Beffray, la de Niort por Chálbos, la de Saumur por Santerre, y la de Angers por Duhoux. Tan pronto como Clanclaux llegase á Leger, la columna de Arenas tenía orden de ponerse en movimiento, para hallarse el 13 en San Fulgencio, el 14 en Herbiers, y el 16, en fin, con Canclaux, en Mortagne. Las columnas de Luçon y de Niort debían avanzar, dándose la mano, hacia Bressuire y Argentón, alcanzando esta altura el 14; y por último, las columnas de Saumur y de Angers, partiendo del Loira, debían llegar también el 14 á los alrededores de Vihiers y Chemillé. Así, según este plan, se había de recorrer todo el país desde el 14 al 16, y los rebeldes iban á quedar encerrados por las columnas republicanas entre Mortagne, Bressuire, Argentón, Vihiers y Chemillé. Su destrucción sería entonces inevitable.

Ya se ha visto que, rechazados dos veces de Luçon con pérdidas considerables, los vendeanos tenían gran empeño en tomar la revancha. Reunidos en gran número antes que los republicanos hubieran ejecutado sus proyectos, y mientras que Charette sitiaba el campamento de Naudieres por el lado de Nantes, atacaron á la división de Luçon, que había avanzado hasta Chantonay. Estas dos tentativas se hicieron el día 5 de septiembre: la de Charette contra Naudieres fué rechazada; pero el ataque sobre Chantonay, imprevisto y bien dirigido, introdujo el mayor desorden entre los republicanos. El joven y valeroso Marceau hizo prodigios de valor para evitar un desastre; pero su división, después de haber perdido los bagajes y la artillería, se desbandó hacia Luçon.

Este revés podía perjudicar el plan proyectado, porque la desorganización de una de las columnas dejaba un vacío entre la división de Arenas y la de Niort; pero los representantes desplegaron la mayor actividad para reorganizarla, y enviaron correos á Rossignol á fin de anunciarle la noticia.

Todos los vendeanos se hallaban en aquel momento reunidos en Herbiers alrededor del generalísimo d'Elbée; pero habíase introducido la división entre ellos, lo mismo que entre sus adversarios, porque el corazón humano es en todas partes igual, y la naturaleza no reserva el desinterés y las virtudes para un partido, dejando exclusivamente para el otro el orgullo, el egoísmo y los vicios. Los jefes vendeanos se envidiaban entre sí como los republicanos, y los generales tenían poca consideración al consejo superior, que afectaba una especie de soberanía. Poseyendo la fuerza verdadera, no estaban de ningún modo dispuestos á ceder el mando á un poder que sólo á ellos debía su ficticia existencia. Envidiaban además al generalísimo d'Elbée, pretendiendo que Bonchamps hubiera sido mejor para mandarlos á todos. Charette, por su parte, quería seguir siendo dueño absoluto de la baja Vendée; y, en una palabra, todos estaban poco dispuestos á entenderse y concertar un plan en oposición al de los republicanos. Un parte interceptado acababa de darles á conocer los proyectos de sus enemigos, y Bonchamps fué el único que propuso un plan atrevido, que revelaba ideas profundas. Opinaba que no sería posible resistir largo tiempo á las fuerzas de la república reunidas en la Vendée; que era urgente salir de aquellos bosques, de aquellos barrancos, donde estarían sepultados de continuo, sin conocer á

los coligados ni ser conocidos de ellos; y en su consecuencia sostuvo que, en vez de exponerse á ser aniquilados, valía más salir en columna cerrada de la Vendée y avanzar por Bretaña, donde se les deseaba y donde la república no temía un ataque; aconsejó avanzar hasta las costas del Océano, apoderarse de un puerto, para tener comunicación con los ingleses, recibir á un príncipe emigrado, marchar luego sobre París, y hacer así una guerra ofensiva y resuelta. Este parecer, que se atribuye á Bonchamps, no mereció la aprobación de los vendeanos, cuyas miras eran siempre tan tímidas, y á quienes tanto repugnaba abandonar su suelo. Sus jefes no pensaron sino dividir el país en cuatro partes para reinar individualmente: Charette se quedó con la baja Vendée, Mr. de Bonchamps se encargó de las orillas del Loira por el lado de Angers, Mr. de Larochejacquelein del resto del alto Anjou, Mr. de Lescure de toda la parte insurreccionada del Poitou, y Mr. d'Elbée conservó su inútil título de generalísimo, y el consejo superior su ficticia autoridad.

El 9 se puso en movimiento Canclaux, dejando en el campamento de Naudieres una fuerte reserva á las órdenes de Grouchy y de Haxo para proteger á Nantes, y encaminó la columna de Maguncia hacia Leger. Entretanto, el antiguo ejército de Brest, á las órdenes de Beysser, daba la vuelta á la baja Vendée, Pornic, Bourgneuf y Machecoul, á fin de reunirse en Leger con la columna de Maguncia.

Estos movimientos, dirigidos por Canclaux, se ejecutaron sin obstáculos. La columna de Maguncia, cuya vanguardia mandaba Kléber, hallándose el cuerpo de batalla á las órdenes de Aubert-Dubayet, ahuyentó á todos los enemigos ante sí. Kléber, con su vanguardia, tan leal como heroico, hacía acampar á sus tropas fuera de los pueblos para impedir las devastaciones. «Al pasar por delante del magnífico lago de Grand-Lieu, decía, veíamos preciosos paisajes y sitios tan pintorescos como multiplicados. En una inmensa pradera vagaban á la ventura numerosos rebaños abandonados á sí mismos, y no pude menos de compadecer la suerte de aquellos infelices habitantes que, extraviados y fanatizados por sus sacerdotes, rechazaban los beneficios del nuevo orden de cosas para correr á una destrucción infalible.» Kléber hizo continuos esfuerzos para proteger el país contra los soldados, y conseguíalo á menudo. Habíase agregado una comisión civil al estado mayor para que se ejecutara el decreto del 1.º de agosto, en el cual se mandaba asolar el territorio, transportando la población á otra parte. Estaba prohibido á los soldados hacer fuego, y no debían emplearse los medios destructores sino con arreglo á las órdenes de los generales y de la comisión civil.

El 14 se llegó á Leger, habiéndose reunido la columna de Maguncia con la de Brest, mandada por Beysser. Entretanto, la de Arenas, á las órdenes de Mierzkousky, había avanzado hasta San Fulgencio, con arreglo al plan convenido, y daba ya la mano al ejército de Canclaux. La de Luçon, detenida un momento por su derrota en Chantonay, habíase quedado atrás; pero gracias al celo de los representantes, que la dieron un nuevo general, á Beffroy, siguió adelante; la de Niort se hallaba en la Chantaigeraie. Así, pues, aunque el movimiento general se hubiere retardado un día ó dos en todos los pun-

tos, y no hubiera llegado Canclaux hasta el 14 á Leger, donde debió estar el 12, la tardanza era común á todas las columnas, no se alteraba el conjunto, y se podía proseguir la ejecución del plan de campaña. Sin embargo, en este intervalo de tiempo había llegado á Saumur la noticia de la derrota sufrida por la división de Luçon; Rossignol, Ronsin y todo el estado mayor se alarmaron, y temiendo que ocurriesen semejantes percances á las otras dos columnas de Niort y de Arenas, de cuya fuerza dudaban, resolvieron que volviesen al punto á los primeros puestos. Esta orden era de las más imprudentes, aunque no se había dado con la intención de descubrir á Canclaux y exponer las dos alas de su ejército; pero confiábase poco en su plan, y había inclinación á juzgarle imposible, al primer obstáculo, y abandonarle. Esto es sin duda lo que indujo al estado mayor de Saumur á ordenar el movimiento retrógrado de las columnas de Niort, de Luçon y de Arenas.

Canclaux, prosiguiendo su marcha, había hecho nuevos progresos, atacando á Montaigú por tres puntos: Kléber, por el camino de Nantes, Aubert-Dubayet por el de Roche-Serviere, y Beysser por el de San Fulgencio, precipitáronse á la vez y desalojaron al enemigo. El 17, Canclaux se apoderó de Clissón; y no viendo aún á Rossignol operar, resolvió detenerse y limitarse á practicar algunos reconocimientos hasta que llegasen nuevos informes.

Canclaux se estableció, pues, en los alrededores de Clissón, y dejando á Beysser en Montaigú, destacó á Kléber con la vanguardia á Torfou, adonde se hallaban las fuerzas el 19. La contraorden dada en Saumur había sido recibida por la división Niort y comunicada á las otras dos de Luçon y de Arenas, que se retiraron en el acto, causando á los vendeanos el mayor asombro este movimiento retrógrado, que dejaba comprometido á Canclaux. Los vendeanos tenían unos cien mil hombres sobre las armas; un inmenso número de ellos se hallaba por la parte de Vihiers y de Chemillé, frente á las columnas de Saumur y de Angers, y otras fuerzas mucho más considerables permanecían cerca de Clissón y de Mortagne, amenazando á Canclaux. Las columnas de Angers y de Saumur, viendo á sus enemigos tan poderosos, decían que el ejército de Maguncia era el que los ahuyentaba hacia aquel lado, y quejábanse de aquel plan, que les exponía á recibir un enemigo tan formidable. Sin embargo, no sucedió nada de esto, aunque los vendeanos eran en todas partes suficientemente numerosos para ocupar á los republicanos por doquiera. Aquel mismo día, lejos de precipitarse sobre las columnas de Rossignol, marchaban contra Canclaux: d'Elbée y Lescure abandonaban la alta Vendée para ir al encuentro del ejército de Maguncia.

Por una singular complicación de los acontecimientos, Rossignol, al saber las victorias de Clanclaux, que había penetrado hasta el corazón de la Vendée, revoca sus primeras órdenes de retirada, y manda á sus columnas marchar hacia adelante; las de Saumur y de Angers, situadas á su alcance, operan las primeras, y escaramuzan, la una en Boué y la otra en los Puentes de Ce, contrabalanceándose las ventajas. El 18, la de Saumur, mandada por Santerre, quiere avanzar desde Vihiers á un pueblecillo llamado Coron: artillería, caballería é infantería se ven á poco confusamente acumuladas, por

efecto de malas disposiciones, en las calles de dicho pueblo, que estaba dominado; Santerre quiere reparar la falta y hacer retroceder á las tropas para ponerlas en orden de batalla en una altura; pero Ronsin, que en ausencia de Rossignol se atribuye una autoridad superior, reprende á Santerre por haber ordenado la retirada y opónese á ella. En aquel momento los vendeanos caen sobre los republicanos, comunicándose un horrible desorden á toda la división; contábanse en ella muchos hombres del nuevo contingente, reunido á toque de rebato; todos ellos se desbandan y huyen en revuelta confusión desde Coron á Vihiers, á Doué y á Saumur. El día siguiente, 19, los vendeanos marchan contra la división de Angers, mandada por Duhoux, y tan felices como la víspera, rechazan á los republicanos hasta más allá de Erigné, apoderándose de nuevo de los Puentes de Ce.

En el punto donde está Canclaux se baten con la misma actividad: el mismo día veinte mil vendeanos, situados en los alrededores de Torfou, caen sobre la vanguardia de Kléber, compuesta cuando más de dos mil hombres. Este general, colocándose en medio de sus soldados, los sostiene contra aquella multitud de enemigos; el terreno que se bate es un camino dominado por alturas, y á pesar de la desventaja de la posición, retráse con orden y firmeza. Sin embargo, habiéndose desmontado una pieza de artillería, ocasionase un poco de confusión en sus batallones, y aquellos valientes ceden por primera vez. Al verlo Kléber, y para contener al enemigo, sitúa un oficial con algunos soldados cerca de un puente, y les dice: «Amigos míos, aquí os dejaréis matar.» Ejecútase esta orden con admirable heroísmo, y entretanto llega el grueso de las fuerzas y se igualan las ventajas: los vendeanos son rechazados al fin hasta muy lejos, y pierden su pasajera ventaja.

Todo esto sucedía el 19; la orden de avanzar, que tan mal resultado dió á las dos divisiones de Saumur y de Angers, no había llegado aún, á causa de las distancias, á las columnas de Luçon y Niort; y Beysser, siempre en Montaigú, formaba la derecha de Canclaux y hallábase en descubierto. Este general, deseando preservar á Beysser, ordenóle que saliera de Montaigú y se acercase al grueso del ejército, y mandó á Kléber que se adelantase al encuentro de Beysser para proteger su movimiento. Beysser, por demás descuidado, dejó su columna mal guardada en Montaigú; MM. de Lescure y Charette la sorprendieron, y la habrían aniquilado á no ser por la bravura de dos batallones, que con su tenacidad contuvieron la rapidez de la persecución y de la retirada. Perdiéronse los bagajes y la artillería, y los restos de esta columna corrieron á Nantes, donde fueron recibidos por la valerosa reserva dejada allí para proteger la plaza. Canclaux resolvió entonces retroceder, á fin de no servir de blanco en el país, expuesto á todos los golpes de los vendeanos, y al efecto replegóse sobre Nantes con sus bravos maguntinos, que no fueron acosados gracias á su actitud imponente y á la negativa de Charette, quien no quiso reunirse á MM. d'Elbée y Bonchamps para perseguir á las tropas republicanas.

La causa que impidió el éxito de esta nueva expedición contra la Vendée es evidente. El estado mayor de Saumur quedó descontento del plan por el cual se agrebaba la columna de Maguncia á Canclaux; el descala-